

UNA CRÍTICA RECIENTE A LA NOCIÓN DE SIGNIFICADO LITERAL

MARCELO DASCAL
Netherlands Institute for Advanced Study
in the Humanities and Social Sciences,¹
Wassenaar, Países Bajos.

1. Resulta curioso observar cómo algunas nociones que se consideraban claras e imprescindibles se vuelven gradualmente problemáticas, llegando a ser totalmente rechazadas como teóricamente válidas y/o necesarias. Sin duda este tipo de cambios es una parte esencial —y fecunda— en la evolución histórica de los conceptos. Sin embargo, hay una tendencia frecuente a dramatizar los obstáculos y las dificultades a las que se enfrenta un concepto otrora claro hasta tal punto que se llega al extremo de rechazarlo por completo, olvidando que todavía puede prestar buen servicio.

A mi modo de ver, la noción de “significado literal” ha tenido ese destino. Si se adopta una concepción tradicional de dicha noción, las dificultades que se presentan son, sin duda, numerosas. Aunque es una tarea ardua determinarla con precisión, se puede decir que la concepción tradicional probablemente es la que considera que el significado literal de la frase es aquel (a) que se puede derivar (mediante las reglas de composición sintáctico-semánticas) de los significados (literales) de sus componentes, (b) que es independiente del contexto de uso, (c) que depende de nuestro conocimiento del lenguaje (diccionario), no de nuestro conocimiento del mundo (enciclopedia), y (d), en la tradición semántica, iniciada por Frege, que contribuye, y posiblemente determina, las condiciones de verdad y por lo tanto las propiedades lógicas de la frase.

¹ Agradezco al personal del Instituto NIAS la ayuda prestada y en especial a Pilar van Breda Burgueño por la traducción al español de este trabajo. Así mismo agradezco a Edson Françaço y a Elda Weizman sus observaciones a la versión preliminar de este artículo.

Podría decirse que una gran parte de la historia de la filosofía del lenguaje, en este siglo, ha consistido en el descubrimiento progresivo de las dificultades inherentes a dicha concepción. Entre ellas, las limitaciones del principio de la composición de significados, la importancia del contexto en la interpretación de la frase, el dilema de trazar con precisión la línea divisoria entre diccionario y enciclopedia, o entre lo analítico y lo sintético, y la insuficiencia crónica del “significado literal” como medio de determinar las condiciones de verdad y las propiedades lógicas de las frases. He denominado “contextualismo” (Dascal 1981) a la reacción ante las mencionadas dificultades, es decir, a la tesis de que las expresiones lingüísticas carecen de un significado “literal” establecido por las reglas del lenguaje, adquiriendo sus significados exclusivamente en función del contexto en el que son empleadas. Según esta tesis, no se puede distinguir entre una semántica que investigara y describiese los significados de las expresiones lingüísticas, y una pragmática que describiera el empleo de las mismas (con sus significados) en la transmisión de mensajes con ayuda del contexto de uso, ya que los significados no pueden ser descritos independientemente del uso de las expresiones.

El salto desde la concepción tradicional al contextualismo radical no sólo no resuelve las dificultades de la primera, sino que crea otras nuevas y casi insuperables (véase Dascal 1981). Existe, sin embargo, una alternativa entre estos dos extremos, que consiste en modificar (aligerándola) la noción de significado literal, sin excluirla. Esta alternativa, a la que he llamado “literalismo moderado”, renuncia a las excesivas demandas que la concepción tradicional ha exigido del significado literal, tales como: que sea suficiente para determinar las condiciones de verdad y la fuerza ilocucionaria; que siempre forme parte del mensaje transmitido por el locutor; que no pueda cancelarse o neutralizarse en ningún contexto de uso, etc. La adopción de esta alternativa permite seguir empleando lo

bueno y necesario de la noción de significado literal.² Al mismo tiempo, permite comprender mejor el papel del contexto en el uso del lenguaje, precisamente porque no se le grava con la función de explicar *todos* los aspectos del significado. De esta forma se definen de nuevo y se precisan los dominios respectivos y las interrelaciones de la semántica y la pragmática.

Mi objetivo aquí no es exponer esta alternativa —lo que ya he hecho en otro trabajo (Dascal 1983)—, sino examinar algunos argumentos recientes contra la noción de significado literal. Gibbs (1984) intentó demostrar que, desde el punto de vista de la psicología de la comprensión del lenguaje, esta

² Según Julio Cabrera (1984:20), la alternativa que yo defiendo es insostenible porque si se admite que el significado literal “no es suficiente (para la determinación de las condiciones de verdad de un enunciado). . . entonces hay que conceder también que [éste] no es necesario, pues una vez que se comienza a conceder, no es fácil saber dónde se podrá parar.” Cabrera saca la conclusión de que yo conservo la noción de significado literal nada más por nostalgia, y adopta en cambio una posición contextualista según la cual “los significados de los términos son co-constituidos en y por el entorno respectivo” en forma “dinámica”. Pero, ¿qué es lo que quiere decir con esa “co-constitución dinámica”? ¿Quizá que los términos en sí no aportan *nada* de propio a la constitución del significado del enunciado que componen? Si es así, habría que tratar cada enunciado como una frase hecha, y la semántica de una lengua como una lista (infinita) de los significados de tales frases. Aunque se reconozcan las limitaciones del principio de composicionalidad, sería absurdo negar de esa forma cualquier función a este principio. Por poco que sea lo que aporten los términos que componen una oración, siempre aportan *algún* significado propio, que, en el contexto de la oración, y unido a la aportación de los demás componentes, llegará a ser modificado y complementado de forma que produzca el significado de la oración. Este significado, a su vez, sirve de punto de partida para la determinación, con ayuda del contexto, del significado de la enunciación (*utterance meaning*) y del locutor (*speaker's meaning*). Si se admite —y no veo por qué no hacerlo— que los componentes de una oración aportan, por lo menos, algún significado propio al significado de la oración, y que éste es imprescindible para determinar el significado de la enunciación y del locutor, se ha admitido el “literalismo moderado”. Ello no ha sido por nostalgia, sino por necesidad teórica. Las objeciones de Cabrera van dirigidas a mi artículo de 1981. Admito que en él no hice más que delinear la alternativa del “literalismo moderado”. Sin embargo, en mi texto de 1983 creo haber propuesto un conjunto de criterios que permiten “saber a dónde se va a parar”, en cada caso concreto. La noción de significado literal, al ser definida por medio de un conjunto de criterios, ninguno de los cuales es de por sí imprescindible o decisivo, pierde por supuesto la ilusoria precisión que tenía en las teorías tradicionales, pero gana por otra parte la flexibilidad que le permite dar cuenta de la intuición de la “extrema diferenciación del lenguaje” a que se refiere —con razón— Julio Cabrera.

noción no desempeña el papel que se le solía atribuir. Su crítica enfoca la idea de que en la comprensión no literal de una expresión, el oyente hace uso necesariamente del significado o interpretación literal de la referida expresión. Aunque su finalidad inmediata sea la crítica de la concepción “tradicional” del significado literal, y en especial del principio de composición en el que se basa tal concepción, la tendencia de su ataque es negar validez o utilidad a *cualquier* noción de significado literal. Ilustra así el salto al extremo opuesto, ya referido. El examen detallado de la crítica en cuestión dará como resultado –según mi opinión– que es innecesario el salto y que la noción de significado literal, apropiadamente modificada, retiene una validez y una importancia cruciales para la explicación psicológica del proceso de comprensión de las enunciaciones. Examinaré algunas objeciones teóricas de Gibbs al significado literal (sección 2); consideraré, después, sus argumentos empíricos (sección 3) y concluiré con un examen de las implicaciones que el indicado autor atribuye a su crítica (sección 4).

2. La primera objeción teórica presentada por Gibbs va dirigida específicamente a la teoría de los actos del discurso. Siguiendo a Levinson (1981), Gibbs afirma que la teoría asume una correspondencia biunívoca entre actos ilocucionarios y tipos de frases. Es decir, una parte de cada significado en la frase consiste en especificar su única fuerza ilocucionaria, que se le asigna basándose en su prefijo ejecutivo (*performative verb*), su modo de frase u otro indicador. Gibbs, como Levinson, recuerda el bien conocido hecho de que hay muchos más actos del discurso que modos gramaticales (y presumiblemente también más que prefijos ejecutivos), y que muchos tipos de frases no admiten correspondencia directa con actos ilocucionarios. Argumenta Gibbs que el único camino que tiene la teoría de los actos del discurso para tratar con esta discrepancia, consiste en invocar el poderosísimo mecanismo de las máximas conversacionales por medio de las cuales los actos indirectos del discurso serían generados y comprendidos. Alega que esto, sin embargo, no se ajusta a los hechos:

for example, when merchants were asked over the phone: *Would you mind telling me the time you close?* They sometimes responded: *Yes, we close at six.* Searle would say that the callers' utterance is literally a question as well as a request. His hypothesis would predict, that if the merchants responded on the basis of literal meaning they should have said "*No, we close at six*". The fact that people usually begin their verbal responses with *Yes* instead of *No* suggests, once again, that the *literal meaning hypothesis* is simply not an accurate account of what goes on in using speech-acts (Gibbs 1984, p. 282).

Mi intención no es defender aquí la teoría de los actos del discurso, ni evaluar la exactitud de la descripción de Gibbs. Sin embargo, es justo decir que algunas de sus alegaciones muestran una interpretación fundamentalmente errónea de los propósitos de la teoría, por lo menos en sus desarrollos más recientes. Básicamente, la teoría de los actos del discurso es una teoría de ciertos tipos de actos y no una teoría de ciertas clases de expresiones lingüísticas. Y como tal, ofrece un marco conceptual bastante valioso para acomodar un extenso número de diferentes actos del discurso descritos por medio de un conjunto complejo de parámetros (véase Vanderveken 1985). Se puede averiguar cómo tales actos diferentes se realizan por medios lingüísticos, pero la teoría no necesita comprometerse con la afirmación de que hay una correspondencia entre medios lingüísticos de ejecución de ciertos actos del discurso y los propios actos. La teoría puede admitir perfectamente que no sólo los modos y los prefijos ejecutivos sirven para indicar los actos del discurso ejecutados, sino que esta función puede ser llevada a cabo por una variedad de otros medios lingüísticos (por ejemplo, entonación, calificación, clases especiales de partículas, etc.) así como por medios contextuales (véase Katriel y Dascal 1984).

La tesis de que las fuerzas ilocucionarias habrían de especificarse "basándose solamente en el significado literal de una frase" (Gibbs 1984, p. 283) —en caso de que alguien sostuviese tal tesis— es simplemente una ilustración adicional de la

tendencia a exigir demasiado al concepto del “significado literal”. Dentro del marco mencionado en la sección anterior (el literalismo moderado) esta pretensión desaparece fácilmente, y se puede aceptar la idea de que la fuerza ilocucionaria de un acto del discurso está relacionada con la frase enunciada sólo provisionalmente. Algunas frases son muy explícitas en su especificación de los actos del discurso que sirven para desempeñar, mientras otras ofrecen unas sugerencias muy generales en cuanto a los posibles tipos de actos del discurso desempeñados por su uso. Tales sugerencias han de ser completadas por información contextual con el fin de producir una asignación de la fuerza ilocucionaria. Además —y aquí estoy completamente de acuerdo con las sugerencias de Levinson, mencionadas por Gibbs—, esta determinación no exige el uso de las máximas conversacionales, sino que se desempeña a nivel de la determinación de lo que yo (véase Dascal 1983) llamo “significado de la enunciación” (*utterance meaning*). Tal determinación emplea principios similares a los que se necesitan para la fijación de las referencias de las expresiones “deícticas”. En la medida en que Searle ignora ese nivel intermedio del “significado de la enunciación” (*utterance meaning*) y emplea exclusivamente la dicotomía “significado de la frase”/ “significado del locutor”. (*sentence meaning/speaker’s meaning*), no tiene otra elección más que la de recurrir a las máximas conversacionales y describir numerosos actos del discurso como indirectos. Al proceder de esta forma recarga con exceso, al mismo tiempo, la noción del significado de la frase y los recursos pragmáticos que se usan para transmitir la oblicuidad, siendo así vulnerable a la crítica mencionada. Sin embargo, como he indicado, no hay una necesidad intrínseca de que la teoría adopte esta posición. De hecho, la reformulación de la distinción que hace Searle en otras ocasiones (1980) entre contexto y fondo, le permitiría reconocer el nivel intermedio del “significado de la enunciación” en el que se hace un uso específico de información contextual y, de este modo, superar tales críticas.

La otra dificultad indicada por Gibbs en la teoría de los actos del discurso, se debe también a la excesiva exigencia

impuesta a la noción de significado literal: la de que las frases usadas en los actos indirectos del discurso “retengan su significado literal como parte de lo que el locutor quiere decir” (Gibbs 1984, p. 282). El significado literal no debe ser considerado *una parte del* significado del locutor (*speaker's meaning*). Lo único que se le exige es que *desempeñe un papel* en la determinación del significado del locutor. Una vez admitido esto, la objeción en cuestión desaparece. Conviene recordar que en el ejemplo anotado (*Would you mind telling me the time you close?*) se hace la improbable suposición de que los destinatarios responden al significado literal de los actos del discurso indirecto más bien que, de hecho, al punto expresado. Esta suposición está en contradicción con el principio más general de que los destinatarios responden a lo que perciben como *el significado del locutor* de una enunciación, que es lo que compone para ellos lo que yo llamo una “exigencia conversacional” (véase Dascal 1977).

El hecho indiscutible de que hay ciertas frases hechas, tales como la directiva *Get in whyncha?*, que no se interpretan desplegando sus formas completas gramaticales, sino de manera más o menos directa, no tiene consecuencia alguna para la presente discusión. La tesis de que tales frases hechas, así como los modismos, “no tienen significados literales” (Gibbs 1984, p. 283), sólo se puede defender suponiendo un principio de composición absoluto para todos los significados literales. Pero buscar la composición aquí sería equivalente a considerar —como lo hacen algunos pacientes esquizofrénicos— que el significado de una palabra como *teatro* tiene que ver algo con *té*. El hecho de que las frases hechas y los modismos se entiendan directamente, como también el hecho de que tengan un campo de uso bastante restringido, casi ritual, indica que tienen un significado *convencional* muy definido, es decir, un significado *literal*, y no que carecen de él.

Otro punto que Gibbs trae a discusión es la insuficiencia de la distinción entre fondo y contexto como la describió Searle (1980). El “fondo”, según Scarle, consiste en un conocimiento compartido, que sería absurdo que los interlocutores ignorasen. Por ejemplo, cuando un locutor dice: *Déme*

una hamburguesa, término medio, espera que la hamburguesa sea de medio tamaño y no esté metida en un envase de plástico solidificado. Éstas son precisamente las suposiciones que, si no se proporcionan, perjudican notablemente la habilidad de un programa de ordenador tal como el “Ideólogo” de Abelson (1975) para “comprender” la lengua, así como su habilidad para “razonar” correctamente. Así, habiendo sido proveído con principios ideológicos generales, pero no con un “conocimiento básico del mundo”, el programa razonaba que “ya que los estudiantes radicales de la América latina habían tirado huevos a Nixon, sería muy plausible que Fidel Castro tirase huevos a Taiwan” (Abelson 1975, p. 274). Por otra parte, las suposiciones “contextuales” son, de acuerdo con Searle, las que están implicadas en la interpretación de enunciaciones particulares, como las irónicas, las metafóricas, o las indirectas de otra clase. Convengo en que esto no es muy satisfactorio como explicación de los múltiples tipos de funciones del contexto en la interpretación de enunciaciones. En otro artículo (véase Dascal y Weizman, en prensa) se ha propuesto una estructura de tres niveles de contexto y co-texto (un nivel específico, uno superficial y otro de fondo) para explicar los diferentes papeles del co-texto y del contexto tanto en la determinación del significado del locutor como en la del significado de la enunciación.³ Como complemento de lo anterior, se puede añadir que la literatura fenomenológica contiene distinciones tales como relación tópica frente a la no-tópica, foco y horizonte, etc., que pueden ser empleadas, y lo han sido, para aclarar los diversos tipos y funciones del contexto (véase Dascal y Katriel 1977, 1979).

Pero los argumentos de Gibbs no se oponen a una forma particular de definir los diversos tipos y papeles del contexto. Se dirigen principalmente contra la suposición de que hay un orden fijo en el que éstos se hacen operativos en el proceso de interpretación. “Searle sugiere que un tipo de conocimiento (fondo) se evalúa antes que otro (contexto) en la comprensión

³ Nuestra proposición es semejante, aunque no idéntica, a la de Clark y Carlson (1981) mencionada por Gibbs.

del significado de enunciación del locutor” (Gibbs 1984, p. 285). Oponiéndose a lo anterior, Gibbs sugiere que “el conocimiento de varios orígenes se emplea simultáneamente en la comprensión”, y concluye diciendo que “el entendimiento puede efectuarse sin la construcción de un significado literal” (p. 286). Para apoyar este argumento señala que “dada la presencia de una base común, los oyentes entenderán directamente lo expresado por los locutores sin ningún análisis de la interpretación literal de la frase” (p. 287).

En lo referente al orden de procesamiento estoy dispuesto a aceptar un modelo que postule un procedimiento paralelo o interactivo. De hecho, el modelo aludido (Dascal y Weizman) no asume una estricta sucesión lineal. En algunos casos los oyentes pueden adivinar lo que el interlocutor va a decir, incluso antes de que abra la boca. Pero aun cuando algunos oyentes siguiesen firmes en sus suposiciones, sin importarles lo que oyesen más tarde, yo diría que en la mayoría de los casos lo que ellos realmente oyen va a ser empleado como un medio para comprobar la exactitud de su conjetura. Y la frase “lo que ellos oyen” no se refiere exclusivamente a los sonidos que oyen, sino a los sonidos *con* sus significados literales. Si hay algunas reglas de interpretación (y creo que las hay) no son de naturaleza algorítmica, sino más bien de naturaleza heurística. Esto quiere decir que, aunque las reglas pueden estipular un orden de consulta preferencial de los varios elementos (significado literal, diferentes tipos y niveles de contexto) que conduzcan finalmente a una interpretación, este orden puede ser, en algunos casos, desechado por otras consideraciones (véase en Dascal 1983 un ejemplo de un sistema heurístico de interpretación).

3. Llegamos ahora al núcleo del argumento de Gibbs, es decir, a su alegación de que hay evidencia psicológica contra el significado literal. El refiere varios experimentos en los que se muestra que el “procesamiento” de la interpretación no-literal de enunciaciones (presentadas en un contexto apropiado) no duró más que el de su interpretación literal. Por ejemplo:

Subjects read stories, one line at a time, on a CRT, ending in either indirect requests, such as *Must you open the window?* (meaning *Please leave the window closed*), literal uses of the same sentences that were considered to be literal questions in their contexts, and direct requests, such as *Do not open the window*. After each story subjects made a paraphrase judgment for that story's last line. . . The results of these studies showed that indirect requests took *no* longer to read than either literal sentences or indirect requests, when these sentences were read in appropriate context. Without any preceding context, subjects took *much* longer to read and make paraphrase judgments than they did for literal sentences (Gibbs 1984, pp. 287-8).

Igualmente Gibbs manifiesta haber:

[having] found that people take much less time to read and make paraphrase judgments for conventional, idiomatic uses of expressions, such as *He's singing a different tune* (meaning *He has now changed his mind*), than to process literal uses of the same expressions (p. 288).

En otro experimento,

subjects heard stories containing conventional and literal uses of idiomatic expressions. Later on, subjects were presented with recall prompts and asked to remember the target expressions. The results showed, among other things, that subjects' recall of literal uses of idioms was facilitated when they heard idiomatic prompts. Thus cues like *reveal secret* facilitated subjects' recall of literal uses of expressions, such as *You can let the cat out of the bag* (p. 293).

Otra serie de experimentos se llevó a cabo para mostrar que no sólo los significados literales no son necesarios en el "procesamiento" de significados no literales, de modo que causaran retrasos eventuales en los últimos, sino que no están en absoluto tratados en el proceso, ni siquiera marginalmente.

Esto lo demuestra el hecho de que no haya efecto de facilitación para las respuestas subsecuentes de sujetos a paráfrasis literales (Gibbs 1983). La facilitación suele ocurrir, en algunos casos, en dirección contraria:

subjects' sentence/nonsense judgments to targets that paraphrase the indirect, nonliteral meaning of sentences like *Can you pass the salt?* were facilitated when they read literal uses of these sentences (in this case something like *Are you capable of passing the salt?*). Subjects most likely first analyzed the conventional, indirect meanings of these sentences before deciding that their literal meanings were appropriate (p. 293).

Desafortunadamente, en todos estos experimentos se hace uso de actos del discurso indirectos *convencionales*, o de modismos o de metáforas fijas. Indican sólo que una noción del significado literal altamente restrictiva, particularmente una noción que asigne un papel clave a la composicionalidad, es con toda probabilidad errónea. Por otra parte, indican claramente que otro rasgo semántico del significado literal, la convencionalidad, es bastante importante. En lugar de suprimir la noción de significado literal, estos experimentos conducen, por consiguiente, a la conclusión de que los componentes convencionalizados del significado de muchas frases, equivocadamente llamados no-literales, son en efecto literales. Ésta es la conclusión que —medio irónicamente— saca el propio Gibbs (p. 293).

Para hacer ver que los significados literales son innecesarios, se tendrían que idear experimentos que demostrasen la no participación de aquéllos en la interpretación de casos tan patentes de oblicuidad como las implicaciones conversacionales, las metáforas nuevas, etc. Puesto que la ironía se cita a menudo como un caso manifiesto de oblicuidad, me refiero, a continuación, a la discusión de Gibbs concerniente a este tópico.

En primer lugar, afirma que una regla que enuncie que en la interpretación de ironía uno interpreta que una expresión

significa lo opuesto de su significado literal, no podría seguirse sistemáticamente, ya que la noción de “opuesto” es difusa. A veces —argumenta— lo “opuesto” puede estar semántica o lógicamente relacionado con el significado literal, pero en general está sólo pragmáticamente, es decir, circunstancialmente relacionado con él. Sin duda, esto es cierto y, en efecto, no hay necesidad de expresar la regla en cuestión empleando la descripción definida “lo opuesto”, sugiriendo así un candidato único, determinado lógica-semánticamente, para esta función. Como ya ha sido indicado, las reglas pragmáticas de interpretación son recursos heurísticos. Lo que podría decir esta supuesta regla es algo así como: “Si tienes causa para suponer que una expresión es irónica, intenta entonces hallar un opuesto a su significado literal, en alguna dimensión de oposición sugerida por el contexto de la enunciación.”

Lo que a este respecto sucede con la ironía es muy similar a lo que ocurre con la interpretación de conjunciones tales como *pero*. También se halla presente aquí la noción de una “oposición” o “contraste” entre las dos partes. Sin embargo, a diferencia de lo que algunas explicaciones semánticas han supuesto sobre el funcionamiento de esta conjunción, el contraste no necesita ser “semántico”, como lo ilustran frases como *Él es un político, pero es honesto*. Lo que nos dice la semántica de *pero* es que se debe buscar la dimensión contextual importante con respecto a la cual el contraste entre las dos partes unidas por *pero* debe ser explicado. En el ejemplo indicado, la dimensión en cuestión podría ser, por ejemplo, la confianza: la primera parte refleja falta de confianza, la segunda, confianza, y el conjunto del peso “argumentativo” de la expresión favorecerá a ésta (para más detalles véase Dascal y Katriel 1977). Según lo anterior, la interpretación de un *pero* exigiría la búsqueda de elementos del contexto con el fin de “rellenar” los vacíos de tipo contrastante que comporta el significado literal de la frase. La analogía entre el funcionamiento de *pero* y el de la ironía sugiere también la existencia de un elemento “literal” en la ironía, contrariamente a lo que suele creerse (véase Weizman 1984, y Dascal y Weizman, en prensa).

tiempo en entender las interrogaciones indirectas sarcásticas que los usos literales de las mismas frases, o de las peticiones indirectas no sarcásticas. El ejemplo que da es *¿Por qué no tardas algo más en recoger la pelota?*, que quiere decir (en el contexto) *Date prisa y coge la pelota* (p. 290). También informa de otro experimento por el que indica que la gente recuerda las expresiones sarcásticas mejor que las no sarcásticas (p. 291). Ignoro los detalles de estos experimentos, hasta el momento sin publicar. Pero podría pronosticar que el primer resultado se explicaría por el hecho de que el “contraste” u “oposición” pertinente era particularmente obvio o notable en el contexto facilitado por la pregunta indirecta sarcástica. En cuanto al último hallazgo, podría ser resultado del hecho de que la ironía es un recurso retórico lingüísticamente marcado, un hecho que podría eventualmente relacionarse con el hecho de que la gente tiende a sacar conclusiones más bien negativas que positivas de los silogismos y a recordarlas más fácilmente (cf. Pollard y Evans 1981). También es posible que una mejor recordación de las expresiones irónicas tenga que ver con la propia forma indirecta de la interpretación de tales expresiones: dado que una interpretación irónica es, en un sentido, una traducción que hace el oyente de la frase del locutor, el oyente recordaría mejor la oración empleada, para así poder comprobar posteriormente la corrección de su interpretación. Cualquiera que sea la explicación, estos hallazgos no justifican la conclusión de que el significado literal no tiene una función en la interpretación de la ironía. Es difícil admitir que el significado relativo al léxico de la palabra *admirable* no desempeña papel alguno en la determinación de la interpretación irónica en la enunciación de la expresión *Un amigo admirable eres tú*, por más “directamente” que se alcance tal interpretación en un contexto dado.

Resumiendo, yo diría que la evidencia empírica presentada por Gibbs muestra a lo más que los significados estrictamente *de composición* no suelen ser “calculados” por los oyentes al comprender un número más bien limitado de expresiones lingüísticas más o menos hechas. Empleando una noción menos

restringida del significado literal, que no considera exclusivamente la composicionalidad, sino que subraya la convencionalidad como una de sus características pertinentes, la misma evidencia justifica la existencia de los significados literales. Por consiguiente, estos hallazgos *no* justifican la tesis de la inutilidad de tal noción en una descripción psicológica (u otra) del uso del lenguaje. En cambio, sugieren medios para perfeccionar y elaborar esta noción, que será necesaria de cualquier modo para explicar aquellos usos del lenguaje, más numerosos, en los que no se emplean frases hechas.

4. Gibbs deduce dos conclusiones teóricas principales de su crítica al significado literal: (a) las teorías corrientes de la metáfora, que se basan en la distinción entre el significado literal y el no literal, se hallan en la vía equivocada; y (b) la distinción entre semántica y pragmática, basada también en la capacidad de diferenciar entre el significado literal y el no literal, debería abandonarse, puesto que “hay poca justificación en una teoría psicológica para hacer una separación entre semántica y pragmática”, y ser reemplazada por alguna teoría “interactiva-paralela” del “procesamiento” del lenguaje (pp. 298-9).

Tales conclusiones indican que, aunque su evidencia muestra sólo que hay casos de la comprensión del lenguaje en los que no es observable una fase *obligatoria* de “cálculo del significado literal” (cf. p. 287), en un sentido muy restringido de este término, Gibbs está dispuesto a ir más allá de esto, excluyendo la noción de significado literal por completo.⁴ Si no fuera porque la tendencia de su argumento se manifiesta claramente, yo no estaría empeñado —ni debería empe-

⁴ Gibbs roza a veces el literalismo moderado que estoy tratando de defender. Por ejemplo, cuando admite que “la mayoría de las oraciones tiene significados convencionalmente asociados a ellas, en un contexto dado” (p. 293) y sugiere que “se podrían considerar estas interpretaciones convencionales de las oraciones como sus significados literales” (*ibid.*) Sin embargo, insiste en afirmar que “en muchos casos esos significados convencionales *no* son significados literales” de las oraciones, porque no satisfacen el único criterio de literalidad que acepta, o sea, la composición.

ñarme— en iniciar la defensa del significado literal. Pero tal tendencia lleva a la posición inadmisibile del “contextualismo radical” (cf. Dascal 1981). Si los significados literales (en alguna versión razonable de este concepto) fuesen desechados totalmente, entonces *toda* nuestra comprensión del lenguaje tendría que contar solamente con el “contexto”. Pero el contexto es potencialmente infinito o indefinido en cuanto origen de “significados” posibles. La exclusión total de un conjunto de “significados literales”, que sirva de base o de marco de referencia en la búsqueda subsecuente de elementos significativos del contexto, excluye de hecho la posibilidad de desarrollar una teoría *psicológica* satisfactoria del proceso de comprensión. En todo caso el fracaso (sufrido hasta ahora) en ofrecer una teoría del significado en estos términos, es quizá una buena indicación de las dificultades —si no pura imposibilidad— a las que cualquier enfoque de este tipo se enfrenta.

Una vez rechazada tal posibilidad, lo que ha de hacerse es reformular la noción de significado literal, eliminando así las desventajas debidas a su caracterización en términos demasiado restrictivos y ambiciosos. Esto, a su vez, permite una nueva demarcación entre la semántica y la pragmática, empleando una distinción triple entre el significado de la oración, el de la enunciación y el del locutor (cf. Dascal 1983: 32 ss.). Entre otras cosas, este proceso no limita el alcance de la semántica a la descripción de los significados independientes del contexto, sino que permite la inclusión en la semántica de clases específicas de dependencia contextual, abriendo la vía a la integración en la semántica, de manera natural, de fenómenos tales como el empleo de esquemas generales (Rumelhart 1979: 85) en la comprensión (véase Dascal 1983: 36). Se introduce así una diferenciación de los papeles del “contexto” que le dan a la noción una mayor especificación, y por lo tanto mayor poder explicativo. Dentro de este marco no hay necesidad de asumir un orden invariable de “procesamiento” “abajo-arriba” (*bottom up*) y excluir casos de “arriba-abajo” (*top down*) o de “procesamiento” paralelo. Podría haber heurísticas o estrategias de comprensión alternativas, siendo una de ellas la de “abajo-arriba” que empezaría por el

significado de la oración (*sentence meaning*). Sin embargo lo que no debe pasarse por alto es que, incluso cuando se emplea una estrategia “arriba-abajo”, se necesitan con toda probabilidad los significados literales con el fin de completar y/o comprobar la interpretación propuesta.

Una discusión de las implicaciones de tal reformulación de la noción de significado literal para la teoría de la metáfora va más allá del alcance de este trabajo, aunque se hacen necesarias algunas observaciones. Gibbs defiende la supresión de la distinción “lo metafórico *vs.* lo no-metafórico”, cuando en realidad sus argumentos van dirigidos contra cierta teoría de la metáfora que emplea la distinción indicada. Se trata de la teoría según la cual una interpretación metafórica de una oración se genera cuando la oración infringe alguna regla semántica o, más en general, cuando la oración es semánticamente “anómala”. Contra esta teoría, Gibbs cita un experimento sobre la comprensión de la oración *Some jobs are jails* (p. 294). En el mismo se observó que, aunque los participantes decidieron correctamente que la oración era *literalmente* falsa, el hecho de que la oración tuviera también una interpretación *metafórica* verdadera (por ejemplo, el que muchas personas se sienten limitadas por sus empleos) hizo que su decisión fuese más diferida que en otros casos (Glucksberg et al. 1982). Su conclusión es la siguiente:

Any theory which asserts that metaphoric meaning is computed on the basis of a failed attempt to compute a literal meaning cannot explain why metaphoric meaning should interfere with processing when only a literal interpretation is required.

Desconozco por qué medios Gibbs y los expertos establecen que el factor causante de la demora es la existencia de la interpretación metafórica verdadera. También se podría pensar que la causa es la dificultad de determinar lo que *significa* la oración literalmente, condición previa para determinar si es verdadera o falsa. Esta dificultad, a su vez, podría resultar de una inadecuación del predicado al sujeto, que se aproxima a

una anomalía semántica. Pero aun cuando la explicación de Gibbs fuera correcta, se podría concebir que, a pesar de haber sido advertidos los participantes de que deben atenerse sólo al sentido literal, ellos automáticamente deducen *también* una interpretación metafórica, debido al carácter problemático inicial de la interpretación literal.

Si se comprobara que la teoría de la metáfora combatida por Gibbs es inaceptable, esto por si solo no justificaría la eliminación de la distinción entre lo literal y lo metafórico, ya que la teoría no es más que una *aplicación* de la distinción. Otras teorías de la metáfora, como por ejemplo la teoría interactiva (que Gibbs parece favorecer), no sólo son compatibles con la distinción literal/metafórico, sino que la requieren, al menos en una versión conforme a la concepción de la literalidad que he propuesto (véase Dascal 1983: 154).

El énfasis excesivo dado a las semejanzas incontestables entre lo metafórico y lo literal, lleva a Gibbs a despreciar las diferencias, no menos evidentes, y a postular que los dos tipos de interpretación de una oración “son más bien una cuestión de grado que de tipo” (p. 297). Para explicar, con ayuda de este axioma, el hecho de que las personas emiten sin dificultad juicios (casi siempre correctos) sobre si una oración es empleada literal o metafóricamente, él recurre a la noción de familiaridad del contexto:

What often appears to be the literal meaning of a sentence is just an occasion-specific meaning where the context is so widely shared that there doesn't seem to be a context at all.

Además de presuponer una exclusión total del contexto en todo lo que se refiere a la semántica y a la literalidad,⁵ exclusión que ya rechazamos anteriormente, esto implicaría que si la oración *Él es un león* se emplea refiriéndose a un ejemplo de coraje reconocido por todos, los interlocutores la juzga-

⁵ Esta es la presuposición básica también de la crítica de Scarle al significado literal, discutida en Dascal 1981.

rían como literal y no como metafórica, lo que, a mi parecer, resulta falso.

Las semejanzas entre interpretación literal y metafórica son indudablemente grandes si se consideran —como lo hace Gibbs— las metáforas fijas. Pero esto, en lugar de justificar el abandono de la distinción entre lo metafórico y lo no metafórico, sugiere que se debería delinear la distinción de tal forma que *no* se confundiesen las metáforas fijas y las verdaderamente creativas. Según la concepción más amplia del significado literal perfilada aquí, el significado convencional de las metáforas fijas es literal, precisamente por su convencionalismo. Su descripción pertenece por lo tanto a la semántica y su comprensión no requiere la intervención de los poderosos mecanismos pragmáticos (por ejemplo las máximas conversacionales). Tales mecanismos tendrían que emplearse únicamente para las metáforas creativas. Habría así una diferencia efectiva e importante entre los modos de elaboración de los dos tipos de interpretación, no solamente una diferencia de grado. La sugerencia de Rumelhart (1979:79), mencionada por Gibbs, de que

the classification of an utterance as to whether it involves literal or metaphorical meaning is. . . a judgment that can be reliably made, but not one which signals fundamentally different comprehension processes

equivale a suprimir todo fundamento *psicológico* a estos juicios.⁶

Cuando Gibbs trata de especificar con más precisión cómo se distinguen las intuiciones de literalidad de las de no-literalidad, restablece de hecho una distinción de principio —no sólo de grado entre lo literal y lo metafórico. Basándose en un trabajo de Ortony (1979), emplea la distinción entre predicados “*high-salient*” y “*low-salient*” de un concepto. La oración *Las enciclopedias son como diccionarios* es una com-

⁶ Naturalmente todo depende del valor que se le dé a la expresión “*fundamentally different*”.

paración *literal* porque hay predicados *high-salient* del segundo término (*diccionarios*) que lo son también del primero (*enciclopedias*). Pero la oración *Las enciclopedias son como minas de oro* es una comparación *metafórica* porque los predicados *high-salient* de *minas de oro* son solamente predicados *low-salient* de *enciclopedias*. En ambos casos el proceso de comprensión habría de ser el mismo, ya que consistiría en intentar determinar si los predicados *high-salient* del segundo término son predicados *high-* o *low-salient* del primero, o “tópico” de la metáfora.

Obsérvese en primer lugar que la distinción entre los dos tipos de predicado corresponde a la versión moderna de la distinción entre las propiedades “esenciales” y las “accidentales”, sin la radicalidad que tienen esos conceptos en la lógica y la ontología clásicas. En la terminología de Achinstein (1968) se trata de la distinción entre predicados “semánticamente pertinentes” y predicados simplemente “pertinentes”. Esta distinción es precisamente la heredera de la distinción entre lo “analítico” y lo “sintético”, que exige la liberalización previa de la noción de literalidad. Así que la noción de significado literal, correspondiente al conjunto de predicados *high-salient*, es necesaria para la teoría de la metáfora de Ortony.⁷ Pasando ahora a la cuestión del proceso de comprensión, es posible suponer que normalmente se comprende que una comparación (u otra forma de predicación) establece una relación entre los predicados *high-salient* de los dos términos. Sólo cuando fracasa el establecimiento de tal relación —a nivel de los predicados *high-salient*— se busca establecerla por medio de predicados *low-salient* del tópico. Nos hallamos de este modo no sólo ante procesos de comprensión distintos, sino también ante una nueva versión de la teoría de la anomalía semántica, rechazada por Gibbs.

Se debe abandonar la práctica de resaltar exclusivamente la

⁷ Entre otras cosas, lo que la metáfora hace es *resaltar* algunos predicados del tópico que son normalmente “*low-salient*”. Es decir, la metáfora *modifica* momentáneamente la jerarquía normal de los predicados asociados a un término, lo que supone la preexistencia de tal jerarquía.

continuidad o la discontinuidad entre los usos del lenguaje metafóricos y los no metafóricos, dependiendo del *parti pris* en la controversia sobre el significado literal. Deberían ser reconocidos ambos aspectos, cada uno en su propio ámbito: sin continuidad, uno podría difícilmente explicar el proceso ontogenético y el diacrónico de generación constante y cambio de los significados literales, mientras que sin la discontinuidad uno sería incapaz de explicar el hecho de que el lenguaje metafórico no es solamente “comprendido”, sino también percibido como *marcado* de la misma manera como se percibe la ironía. Según afirma Rumelhart (1979:80) puede ser cierto que el niño, al adquirir el lenguaje, comprende de la misma manera lo literal y lo metafórico. Pero no es menos cierto que el niño aprende, en algún momento, a distinguirlos, y desde ese momento pasa a tratar ambos tipos de interpretación de una forma esencialmente distinta.

BIBLIOGRAFÍA

- Abelson, P. (1975) "Concepts for representing mundane reality in plans". In D.G. Bobrow and A. Collins (eds.), *Representation and understanding: studies in cognitive science*, New York: Academic Press, 273-309.
- Achinstein, P. (1968) *Concepts of science*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Cabrera Álvarez, J. (1984) "Cortando árboles y relaciones", *Crítica* XVI (46), 15-30.
- Clark, H. and T. Carlson (1981) "Context for comprehension". In J. Long and A. Baddeley (eds.), *Attention and performance, IX*, Hillsdale, NJ: L. Erlbaum.
- Dascal, M. (1977) "Conversational relevance", *Journal of Pragmatics* 1, 309-327.
- Dascal, M. (1981) "Contextualism". In H. Parret et al. (eds.), 153-177.
- Dascal, M. (1983) *Pragmatics and the philosophy of mind I: Thought in language*, Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Dascal, M. and T. Katriel (1977) "Between semantics and pragmatics: the two types of 'but' – Hebrew 'aval' and 'ela' ". *Theoretical Linguistics* 4, 143-172.
- Dascal, M. and T. Katriel (1979) "Digressions: a study in conversational coherence". *PTL – A Journal for Descriptive Poetics and Theory of Literature* 4, 203-232.
- Dascal, M. and E. Weizman (forthcoming) "Contextual exploitation of interpretation clues in text understanding: an integrated model". In M. Papi and J. Verschueren (eds.), *Proceedings of the Intern. Pragmatics Conference*, Viareggio.
- Gibbs, R. (1984) "Literal meaning and psychological theory". *Cognitive Science* 8, 275-300.
- Glucksberg, S., P. Gildea and H. Bookin (1982) "On understanding nonliteral speech: Can people ignore metaphors?". *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 21, 85-98.
- Katriel, T. and M. Dascal (1984) "What do indicating devices indicate?". *Philosophy and Rhetoric* 17, 1-15.
- Levinson, S.C. (1981) "The essential inadequacies of speech act models of dialogue". In H. Parret et al. (eds.) 473-492.
- Ortony, A. (1979) "The role of similarity in similes and metaphors". In A. Ortony (ed.), *Metaphor and Thought*, London: Cambridge University Press.
- Parret, H., M. Sbisà, and J. Verschueren (eds.) (1981) *Possibilities and limitations of pragmatics*, Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Pollard, P. and J. St. B. T. Evans (1981) "The effect of prior beliefs in reasoning and associational interpretation". *British Journal of Psychology* 72, 73-82.

- Rumelhart, D.E. (1979) "Some problems with the notion of literal meanings". In A. Ortony (ed.), *Metaphor and thought*, Cambridge: Cambridge University Press, 78-90.
- Searle, J. R. (1980) "The background of meaning". In J.R. Searle, F. Kiefer, and M. Bierwisch (eds.), *Speech act theory and pragmatics*, Dordrecht: Reidel, 221-232.
- Vanderveken, D. (1985) "What is an illocutionary force?" In M. Dascal (ed.), *Dialogue: an interdisciplinary approach*, Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 181-204.

SUMMARY

Between two opposite conceptions about meaning, the traditional one of “literal meaning” and what I have called “Contextualism” (Dascal, 1981), there is an alternative which I have dubbed “Moderate Literalism”, and defended in another place (Dascal, 1983).

Contextualism as I understand it is the view that linguistic expressions lack “literal” meaning established by rules of language, and asserting that they get their meanings only as a function of the context withing which they are used.

My view of moderate literalism does *not* exclude literalism but it does modify this view taking off its excess weight. According to my view, the excessive demands made by the tradicional conception on literal meaning are left aside, such as: it be sufficient to determine truth conditions and illocutionary force; that is always be a part of the message transmitted by the speaker; that it cannot be cancelled or neutralized in any context of use, etc.

In this paper I do not intend to expound my proposal —this I have done elsewhere (Dascal, 1983)— but to discuss some recent criticisms against the notion of literal meaning. Gibbs (1984) tried to show that from the viewpoint of the psychology of language understanding, this notion does not play the role which had been attributed to it.

A detailed discussion of the criticism will have as an outcome —according to me— that it is unnecessary to go from the traditional conception to radical contextualism, and that the notion of literal meaning, modified in due form, retains its validity and a crucial relevance for the psychological explanation of the process of understanding utterances.

I will consider certain of Gibbs’ theoretical objections to the notion of literal meaning (section 2); afterwards I will take his empirical arguments (section 3), and conclude with a discussion of the implications that the author attributes to his criticism.

[J.A. Robles]